

## LAS CLASES

(Tomado de Mis recuerdos de la Güira, testimonio inédito sobre la Campaña de Alfabetización)

### Adelaida Macías Saínez

A cada brigadista se le asignaban los alumnos que debía alfabetizar, que no solamente eran los de la familia en la que estábamos ubicados, pues a estos se agregaban otros pobladores de la zona.

A mí me correspondió alfabetizar de la casa a Marcelo, Juan Manuel y Altagracia (Artica como le decían todos) y, además, a Ricardo y Elogracia que pertenecían a otras familias del barrio. También otros de la casa recibían las clases, a modo de repaso, pues aunque no eran analfabetos aprovechamos para que practicasen y mejoraran su escritura y también algo de Aritmética, con lo cual se hizo más numeroso el grupo de mis alumnos.

Como la mañana generalmente la dedicaba a las labores domésticas compartidas con las mujeres de la casa, organizamos dos turnos de clases: por la tarde, después de almuerzo, las recibían ellas y por la noche, después de comer, venían los hombres.

Mi farol fue una verdadera desgracia pues nunca logramos que sirviera totalmente. A veces, después de haberlo trasteado un poco, lográbamos que encendiera y cuando estábamos más embullados comenzaba a disminuir la luz hasta que ¡paf! se apagaba. Entonces teníamos que echarle mano a las *chismosas*, que eran el medio típico para alumbrarse en la inmensa mayoría de nuestros campos, aunque, la mayoría de las veces, de entrada desistíamos de intentar que el farol encendiera para no perder tiempo.

Las *chismosas* podían ser confeccionadas de forma artesanal, hechas de hojalata, en un recipiente similar a una lata de conservas con una tapa de rosca pequeña que tenía un huequito en el medio por donde salía la mecha, que podía ser simplemente un pedazo de trapo y en el recipiente se echaba la luz brillante; en algunos casos tenían un asa también de hojalata. Pero también las había de confección casera, simplemente tomando un pomo del tipo de los de medicina con tapa de rosca, a la que se le abría el huequito para la mecha. Para dar las clases teníamos que utilizar varias *chismosas*, para que la luz nos permitiera trabajar. Lo simpático de esto era que tiznaban tanto que cuando terminaban las clases y me sonaba la nariz, el pañuelo salía totalmente negro. Esta operación la tenía que hacer varias veces antes de acostarme para limpiarme bien.

Otra cosa curiosa era que por la noche había muchos *gallegos*, que son unos bichitos inofensivos de carapacho duro cuyas patas se adhieren a todo, por lo que molestaban mucho, ya que se pegaban en el pelo, en la ropa, en las manos y no nos dejaban trabajar. Para neutralizarlos teníamos un procedimiento muy útil que consistía en poner en el medio de la mesa un plato con agua y cuando alguno se nos pegaba lo agarrábamos y lo echábamos en el plato. Yo al principio les tenía miedo pero Artica decía que yo era tan revolucionaria que, a pesar de eso, era capaz de agarrarlos para cumplir mi tarea; hasta que comprobé que eran medio bobos y que no hacían nada más que molestar, por lo que me convertí en experta en capturarlos. Cuando acabábamos las clases generalmente el plato estaba lleno, por lo que no pocas veces bromeamos en hacer el experimento de una sopa de *gallegos* que, por suerte, a nadie se le ocurrió poner en práctica.

Enseñar a leer y escribir a adultos, aunque no es una tarea tan difícil, requiere de mucha paciencia. Lo primero que tuvimos que enseñar a nuestros alumnos fue a coger el lápiz

correctamente, sobre todo a los hombres, lo que nos hizo reflexionar en cómo la mayoría de ellos nunca había ido a una escuela o hacía tanto tiempo que habían perdido el hábito, por lo que aquello que para nosotros era casi un instinto se convertía en una actividad complicada. Para entender esto debemos imaginar lo que son unas manos de chapeadores de potreros, endurecidas por el trabajo, curtidas por el sol, tratando de agarrar un diminuto lápiz con sus dedos, que según decían ellos era mucho más difícil que agarrar el machete para chapear. A pesar de eso tengo que confesar que me fue más fácil trabajar con ellos que con las mujeres.

Con Elogracia –que realmente nunca estuve muy segura de su nombre exacto ni de la edad que tenía- la cosa era mejor porque era muy activa y tenía mucho interés en aprender, aunque le costaba trabajo, pero con Artica aquello era tremendo, pues siempre me ponía pretextos para no dar las clases, que si ya estaba vieja, que si no veía bien, que si le dolían los huesos. Bueno, el final de la historia fue que tuve la insatisfacción de que aunque adelantó algo no logré en mis ocho meses de estancia que pudiéramos declararla alfabetizada. A veces, tengo que decirlo con honestidad, me desesperaba porque no lograba lo que quería y entonces me levantaba, daba una vueltecita por el patio, me refrescaba y entonces volvía a la carga, pero realmente la quería tanto que no podía pelearle y le perdonaba todos sus motivos reales o inventados para jugarme cabeza.

Con relación a lo de las dificultades que tenían muchos con la visión, una de las cosas de la que apenas se habla pero que ejemplifica la grandeza de esta obra, fue cuando se decidió mandarle a hacer espejuelos a los que los necesitaban, pues esto resultaba un obstáculo para lograr que todos pudieran ser alfabetizados. Así, se organizó que se les hiciera el chequeo necesario y a todos se les mandó a hacer sus espejuelos a la medida. Cuando pensamos en esto a la distancia de tantos años casi nos parece insólito y no podemos siquiera calcular cuántas decenas de miles de espejuelos se tuvieron que hacer para satisfacer esas necesidades, pues entre los que se estaban alfabetizando había muchas personas adultas y de edad avanzada que requerían de ellos.

Tengo que confesar que hoy no recuerdo con detalle muchas cosas de las lecciones con las que alfabetizamos ni podría decir el nombre del método que se utilizó, aunque sí que cada una de ellas tenía un contenido revolucionario, lo que a la vez servía a nuestros propósitos de explicar la obra de la Revolución. Lo que sí recuerdo perfectamente que, para estudiar las vocales, la primera lección de la cartilla era *La OEA*. Para la inmensa mayoría de mis alumnos esa organización era totalmente desconocida, por lo que parte del proceso de aprendizaje consistía en hacerles conocer esto.

Así sucedía con el resto de las lecciones, lo que fue dando un sentido diferente a lo que estábamos haciendo, pues también la curiosidad por conocer sobre los diferentes temas iba despertando el interés de nuestros alumnos por aprender.

Una de las primeras cosas que querían era aprender a firmar. Podemos recordar la famosa escena de la película *El Brigadista*, que nos muestra lo humillante que resultaba para estas personas tener que poner una cruz o sus huellas digitales cuando tenían que tramitar algún documento oficial.

Si recordamos que casi un millón de cubanos se encontraba en esa situación y lo comparamos con lo que hoy tenemos, casi nos parece imposible, como imagino que lo pensarán también nuestros jóvenes de hoy, los que tienen la educación en todos los niveles a su disposición desde que nacen, como un derecho natural, aunque vivan en los lugares más intrincados del país.

Las clases no solo se dedicaban a enseñar a leer y escribir sino que nos propusimos adelantar también en las operaciones aritméticas fundamentales, lo que era de interés de mis alumnos, sobre todo de los hombres.

También teníamos algunos voluntarios que venían en el horario de clases o fuera de este, que sabían leer y escribir pero que se interesaban por saber más, como era el caso de Yaya y Fernando, que eran los más aventajados. Recuerdo también a un yerno de la abuela Conchita, Demetrio, que era muy conversador y hacía muchos cuentos y preguntaba muchas cosas de historia –otras las contaba él- que cuando aparecía había que hacer cruces porque le daban las mil y quinientas hablando; aunque su interés fundamental era aprender más de las cuentas, como decía él.

Al finalizar la Campaña, mis alfabetizados escribieron sus respectivas cartas de agradecimiento a Fidel, que tan bien se conservan en el Museo de la Alfabetización para orgullo y satisfacción de los que un día emprendimos aquel camino

Lo que nunca imaginé en aquella época era que iba a dedicar toda mi vida a la educación, pero esa es otra larga historia para contar en otro momento.